

Aquello era de acalabrarse, de desmorecerse: ¿por qué no tenia veinte años ménos? ¿por qué no realizar y desenlazar como es debido esta leyenda, para dejar á estos yankees con un palmo de narices? ¡Hombre, Prieto, mírate al espejo! ¿Y que más da? ¿Está prohibido á los viejos tener corazon?

Ilusion que nace en mí,  
Que de mi llanto brotó,  
¿Puedo renunciar á tí?  
¿Qué dice el amor? que nó,  
¿Y la reflexion? que sí....

Y de esta manera ensartaba mis versos, sin sentir, hasta que oia la tos de Francisco, á quien oculté cuidadoso lo que me pasaba, pero á quien no dejaba dormir.....

En manera alguna podía interpretarse la accion de mi desconocida como interes, ni mucho ménos como amor, puesto que no me conocia, y aun conociéndome, entónces más se alejaban esas probabilidades.

No obstante, aquello de "poeta mexicano" mucho me lisonjeaba, no lo puedo negar; pero entónces, y suponiendo sin conceder que yo mereciese tal dictado, lo natural era suponer el deseo de leer versos míos á falta de otro que hacer.

Todo esto es muy cierto; pero es de tal modo miserable la condicion humana, que tal puerilidad, tal quimera, me preocupaban y sentia mi corazon como con arrimo, como en la patria del sentimiento, como en comunion con otro espíritu que me comprendia y se identificaba con mis penas.

Yo interpreté el envío del libro como aprobacion y demanda de la leyenda, y para prolongarme el placer de la

aventura y procurarme motivos de comunicacion, resolví escribir diariamente parte de la leyenda, llevarla y recoger el libro á la siguiente noche.

Pero, bueno; ¿y dónde estaba la tal leyenda? Era forzoso crearla, y hé ahí cómo la engendró mi fantasía. Va de leyenda.

En México, mi adorada patria, suponía yo, habia un convento casi á extramuros de la ciudad, cuya totalidad estaba ocupada por religiosas de muy severa regla, ménos la espalda del mismo edificio, del que aislándosele un patio lóbrego y de elevados y robustos muros, se habia hecho prision para los reos políticos.

A esa misma espalda, en la parte elevada del edificio, daban ventanas de algunas celdas de religiosas, y en la parte inferior ventanas de la prision con macizas rejas de hierro embutidas en la pared y á una altura competente para evitar toda comunicacion por la calle.

Quien hubiera pasado, en el tiempo que voy á referirme, por la espalda del convento á deshora de la noche, habria descubierto dos puntos luminosos: el del cuadro de la ventana superior, claro y marcando el cuadrado irregular de la ventana de la celda, y las rejas de la prision débilmente iluminadas. Los puntos sobre que acabamos de llamar la atencion, se reproducian en la pared del frente del convento, como en un espejo.

Sepamos ahora la historia de los dos seres que en medio del mundo y cada uno como en un desierto, hacian á la noche confidencias de sus dolores.

Adela, este es el nombre de la monja, vivia feliz en una de las fincas de campo de su padre cercanas á la capital;

allí conoció y amó á Rodrigo Alvarado, jóven de las principales familias de México, y sus primeros amores corrieron apacibles como aura blanda entre aromáticas plantas. Pero al estallar la revolucion de la Reforma, tomó Rodrigo las armas en su defensa, y esto desató una persecucion, un odio tremendo de parte del padre de Adela, apasionado partidario de la causa clerical.

Sea porque fuesen frecuentes las invasiones á las fincas de campo, sea por sugerencias del encono, metieron á Adela á un convento, le hicieron creer á poco que Rodrigo se habia casado, y hundida en llanto, enloquecida, tomó el hábito, para acabar sus días en el retiro y en la penitencia.

Rodrigo se distinguió en las armas, se hizo uno de los caudillos de más prestigio, y mal herido en la accion de Carretas, cerca de San Luis Potosí, fué conducido á México, y despues que se restableció, le encerraron en la prision de los reos políticos.

No es difícil creer, en las circunstancias por que atravesaba mi país, una comunicacion completa de los amantes, y ménos difícil si recordamos la regla severísima de la religion en que Adela profesó.

El consuelo único, la compañía, la esperanza de Rodrigo era aquella luz de la ventana superior que alumbraba como una mirada tierna el antro en que estaba sumergido. El mimaba la luz, la acariciaba, la recibia como la visita de una alma compasiva á su espíritu desamparado; era el alma de su alma, el sol de su ternura.

Fijos los ojos en su luz querida, vió llegar una vez á su centro un bulto: se dibujaba perfectamente su cabeza envuelta en la toca monjil, las anchas mangas del hábito pro-

fuso, las manos delicadas . . . Parecia arrodillada: sin duda habria algun altar ó alguna imágen á su frente.

La aparicion se verificaba todas las noches.

Unas veces la monja arrodillada se postraba haciendo su sombra un bulto informe; pero aquella cabeza temblaba. ¿Eran sus sollozos? ¿pegaba á la tierra sus labios gemidores para que no robase el viento los secretos que solo deberia saber su tumba? ¿En ese prolongado suicidio del claustro se escapaban á esos labios pegados al suelo, acentos que engendraba la ternura y se traducirian por despecho y blasfemia?

Otras veces el bulto negro enclavijaba sus manos, tendia sus brazos elocuentes, dejaba como derribar su cabeza hácia atrás y parecia entregar desesperada el pecho al dolor que la desgarraba, y otras, alzando los brazos, la cabeza erguida, el andar acelerado, aparecia y desaparecia en el claro de luz, como perdida en la demencia, hasta que extinguida la luz, se sepultaba la terrible vision en las tinieblas.

Era una necesidad para Rodrigo ponerse en comunicacion con la monja desconocida; pero cualquier esfuerzo equivalia á la realizacion de lo imposible.

Aventurándolo todo una noche, decidió, por medio del canto, dar á conocer su existencia en aquella mazmorra.

La voz de Rodrigo no tenia cultivo alguno; pero era un barítono claro, vibrante y apasionado.

Pero el cantar de Rodrigo moria en su tumba, no rebo-saba un solo sonido, en su juicio, las altas rejas de su prision.

Sin embargo, á los oidos de la monja llegaron unos rumores vagos, unos ecos que parecian la forma de sus más

recónditos recuerdos. Atraída por la voz, después de extinguir la luz, se asomó á la ventana y se fijó en la iluminada reja del prisionero. Este, entre tanto, arrimó el banco de su cama á la pared, colocó sobre él una mesa, después una silla, escaló por los muebles, se asió de la reja y pegó en ella su semblante.

Entonces creyó escuchar un grito reprimido y oyó distintamente que se cerraba la ventana con estrépito.

La monja, aunque interceptado por las rejas, había creído percibir el perfil de una cabeza, de un rostro, un conjunto que la perseguía despierta y en sueños, que era el culto de su desgarrado corazón . . .

Acaso le pareció una vision que para su castigo le presentaba el enemigo de las almas.

Por algun tiempo no se volvió á ver la luz de la celda.

Las noches de luna eran la desesperacion de Rodrigo, no solo porque habia transeuntes en aquella frecuentemente desierta calle, sino porque dando la luna en el muro, borraba y hacia más indecisa la luz artificial.

El continuó en sus cantos con esperanza remota de atraer la luz. Una vez, agobiado de tristeza, queriendo desahogar sus dolores en ecos que formularsen las angustias de su corazón, preludió ese *Adios* de Schubert, vibracion de agonía arrancada al ángel caído en el momento de dejar para siempre la morada celestial, canto de lágrimas que si no lo hubiese formulado el génio humano, se diría que es una evocacion eterna de los eternos dolores.

Adela era apasionada de la música de Schubert, y el *Adios* su melodía favorita.

A las primeras notas, se sintió conmovida en lo más hon-

do de su alma; después encendió su luz . . . después pudo percibir Rodrigo el bulto negro en agitacion febril . . . y al morir sollozando aquellas notas divinas . . . tendia la monja enloquecida los brazos, como para detenerlas, como para estrecharlas y esconderlas en el sagrado de su corazón.

Rodrigo, por su parte, adhiriendo á las rejas algunas tiras de madera que arrancó de su banco y de su mesa, pudo figurar estas letras: TE AMO, y esperó que la noche hiciese la revelacion.

Dos dias después, á la hora de la siesta, vió caer de la ventana polvo, luego como tallos inútiles de flores, y al último, rozando con su ventana, pétalos de rosa, de los que uno solo que empujó el viento dentro de la prision, tuvo por relicario los labios de Rodrigo y fué su talisman idolatrado.

De esa manera imperfecta, transmitiendo á la pared figuras adivinadas más que comprendidas, las relaciones tuvieron fomento, aunque envolviéndolas de continuo negras sombras de duda y misterio.

La escala formada con los muebles, el mejor humor del prisionero, alguna astilla de los palitos que le servian para formar sus letras, se hicieron perceptibles á la intolerante policia y resolvieron cambiar su prision, tanto más cuanto que Aureliano Rivera, simpático y audaz caudillo de la Reforma, amagaba la capital y habia hecho dentro de ella incursiones temerarias.

Rodrigo esperó la noche dos dias ántes de su partida, y con voz desgarradora entonó su *Adios* . . . Las últimas notas del doloroso canto vibraban en el viento, cuando con la misma luz de su prision distinguió fuera de la reja un hilo á

cuyo extremo oscilaba una carta . . . en esa carta Adela sugería al prisionero los medios de fugarse.

La carta estaba fuera de los hierros de la ventana, á muy poca distancia, pero intomable . . . la desesperacion era extrema; arrancó uno de los piés á una silla, lo adelgazó, le puso otro palo pequeño formando gancho, atrajo á sí el hilo; pero sin duda dió en algun punto cortante del palo, que lo trozó . . . cayendo la carta al suelo, de donde fué recogida, produciéndose escándalo espantoso.

Ejerciéronse con Adela todo género de crueldades; se disponían á fusilar á Rodrigo los enemigos de la libertad; tocaban á un desenlace sangriento los sucesos . . . cuando se escucharon disparos de artillería en la plaza mayor, repicaron las campanas del convento . . . y la multitud, rompiendo puertas, derribando obstáculos, penetró triunfal en los claustros, gritando "¡Viva la Reforma!" y proclamando á Rodrigo como uno de sus héroes más ilustres. . . . .

Acomodándose Rodrigo á las creencias de la familia de Adela, se dirigió al Santo Padre por medio de un letrado distinguido, haciendo ver que era Adela víctima de un engaño y que no tenían validez sus votos monásticos.

Los hombres de todas las opiniones, los teólogos más ilustres, los más escrupulosos sacerdotes, esperaban que la decision del Santo Padre abriese á los amantes las puertas de la felicidad! . . . . .

Tal era la leyenda que escribí en verso, sin quedarme con una copia; la dividí en capítulos, procurando que en cada uno de ellos fuese creciendo el interes y multiplicando las alusiones, segun las peripecias de mi situacion particular.

Como he indicado, dejaba una noche el Album y lo recogía á la siguiente noche; pero nada avanzaba en mis pesquisas . . . la luz que reflejaba la ventana me delineaba la linda figura, pero inmóvil, fria, con una silueta de estatua que me desesperaba.

Yo no sé cómo no me quedé litografiado en el quicio de aquella puerta, porque realmente me estampaba para distinguir algo que disipase mis dudas . . . nada: la orla de seda de un vestido espléndido, dos piesecitos como dos pichones, que corrieran entre encajes . . . y unos dedos de marfil y rosas que hubiera querido besar, si los labios, como debiera ser, tuvieran la facultad de volverse pinzas.

Pero la detencion frente de aquel cuarto era imposible; una vez me habian encontrado inclinándome al suelo, y yo saqué un cerillo fingiendo buscar una moneda; otra vez el lapicero era lo perdido; otras habia extraviado camino.

Algo debió notar Maguet de mis inquietudes, porque cuando volvía la cara, aunque fuese muy noche, estaba con una luz esperándome, y yo me daba á los demonios y seguía mi leyenda.

Cuando en ella llegué al punto del *Adios* de Schubert, no hubo aparicion en el círculo de luz; pero á poco de estar en la ventana, tendió sus alas aquella melodía sublime y una voz sobrehumana iluminó mi alma, empapando de lágrimas mis ojos.

Al siguiente día de haber aludido en uno de los capítulos de mi *Monja* á la lluvia de pétalos de rosa, en una de las entradas que dí á mi cuarto, ví en la mesa del centro un espléndido ramillete de rosas blancas, atados sus tallos con un liston negro; redoblé mis tentativas, aunque solía decir-

me: ¿A qué este empeño? ¿qué designio me guía? ¿qué siento en mí que pueda justificar una inquietud tan injustificable en mis años?

Hice coincidir el capítulo de la carta suspendida del hilo, con mis anuncios de partida, y por último, á uno de mis amigos le rogué, la noche que deslicé bajo la puerta la conclusion de mi leyenda, que cantase en mi cuarto, como cantó en efecto, con voz dulcísima, apasionada y dolorida, el *Adios* de Schubert. . . .

En el claro que formaba en la pared la luz del cuarto de la gaditana, ví inmóvil, como si proyectase la sombra una estatua de mármol, el bulto, los contornos y el perfil correcto de mi aparicion: con la última nota se extinguió la luz, envolviéndome en el silencio y el misterio.

Por más activas que fueron mis pesquisas, no pude hacer aclaracion alguna; por más audaces que fueron mis tentativas para conseguir copia siquiera de mi manuscrito, nada pude obtener; creo que los versos de esa leyenda, es de lo ménos malo que he hecho en mi vida. . . . Ni sospecha, ni conjetura, nada dejó en pos de sí la inspiradora de mi leyenda de *la Monja*.

Cuarenta y ocho horas precisas me quedaban para decir mis adioses á Nueva-York, que como he dicho, como que me rodeaba con su tumulto de palacios, sus ruidos, las cruces de sus telégrafos, su tropel aéreo de cúpulas y banderas y su conjunto arrebatador.

Levantándome estaba cuando entró en mi cuarto un jovencuelo llamado M. Fayar, alegre como un fandango, mo-

vible como una ardilla y vestido como un corredor de caballos, lo que le hacia aparecer doblemente expedito.

—M. Guillermo, vd. será por mí; yo quiere con vd. muchas muchachas señoritas.

—Chico, es cosa que no me repugna en ninguna circunstancia; pero estoy ocupadísimo.

—Pero vd. no decir nada de este en su Viaca.

—Hombre, en mi Viaje hablo bastante de este ramo y es lo mismo en todas partes, tratándose de los Estados- Unidos, con la diferencia de que aquí toman las cosas colosales proporciones.

—Ya verá vd. salones en toda forma, en cuyo menaje están invertidos capitales inmensos; haria vd. conocimiento con hermosuras de casi todas las naciones del globo. . . . y mucho contento.

—Amigo, he tenido en mi mano una Guía de forasteros ó Directorio, que se vende á los viajeros para sus visitas de confianza, y en ese librito constan todas las particularidades apetecibles para las visitas de confianza. Por otra parte, yo no he querido escribir un *Manual del Calavera*, sino consignar simplemente mis impresiones, y esto en la esfera limitada y con la superficialidad consiguiente á quien hace sus apuntaciones por ferrocarril: ya vd. lo ve, aquí, anualmente, se publican gruesos volúmenes, sobre cada uno de los departamentos de la administracion, sobre cada uno de los establecimientos de beneficencia, sobre cada uno de los servicios públicos; ¿qué puedo yo hacer, sino índices, indicaciones y notas que pongan de manifiesto mi deseo de que en mi país se conozcan y estudien estos pueblos?

—Esta bien, creo que vd. hace más de lo posible; pero

ni siquiera de M. Rails habla vd., y está llenando el mundo su proceso.

—No me he podido imponer á fondo. ¿Vd. conoce bien ese cuento?

—Bien, bien, no; pero un poquito, que está curioso. ¿Vd. conoce la Quinta Avenida que da entrada al Parque Central?

—Perfectamente.

—Se ha fijado en cuatro ó cinco palacios de mármol, que forman esa entrada, y llaman la atención por su opulencia?

—Si, señor.

—Pues uno de esos palacios es de la persona de quien se trata. . . . De una abortivista.

—¿Qué me cuenta vd?

—Que es una *profesora* del arte *de quitar estorbos*, y que en contacto con personas muy acaudaladas y con hijas de familias menesterosas, hizo una inmensa fortuna.

Vivia en la opulencia hace muchos años; se jactaba de las mejores relaciones; en su casa se daban convites y habia tertulias espléndidas; pero cate vd. que por su mal, se organiza una Sociedad furibunda, nombrada "Preventiva del crimen," y las cosas cambian de aspecto.

La Sociedad es de lo más benéfico y curioso que vd. se puede imaginar. Compónese de personas poderosas, de probidad intachable y de habilidad notoria.

La Sociedad se constituye en amparo de la jóven á quien se pretende pervertir, de perseguidora implacable de garitos y casas de prostitucion, de azote de ladrones y todo género de malhechores; tiene sus abogados, su policía diligentísima y está perfectamente relacionada.

El abogado de la Sociedad mencionada acusó á M. Rails de su infame profesion; puso ella en accion sus relaciones, amagósele con una prision; para eludirle se le pidió una fianza de cien mil pesos, que la ilustre profesora puso en depósito. . . .

Entónces la policía, por medio de sus agentes secretos, acudió á mil ardidés, hasta que al fin logró tender una red sutilísima en que cayó la abortivista. \*

Tambien es curiosa la causa hecha á un doctor de Nueva-York, que cultivaba el mismo comercio.

—Ya he dicho á vd., repliqué á M. Fayar, que sobre estos particulares creo me he extendido lo bastante en San Francisco, y que ahora serian fastidiosas mis repeticiones.

\* En estos últimos dias, y ya publicándose mis Viajes, se supo que M. Rails se habia suicidado: descubiertos sus crímenes, se metió en un baño y se abrió las venas.